

ALGUNAS IDEAS SOBRE LA ENSEÑANZA TÉCNICA MEDIA E INFERIOR

POR JUAN LÁZARO URRÁ, PROFESOR DE LA ESCUELA DE CAMINOS

Hoy día, la enseñanza técnica superior en España está a una altura que no desmerece de la que existe en las naciones más adelantadas. Salen los alumnos de nuestras Escuelas de Ingenieros con capacidad suficiente para acometer, con éxito, problemas muy difíciles, y pueden citarse muchos ejemplos de obras delicadas dirigidas, con completo éxito, por ingenieros casi recién salidos de las Escuelas.

En cambio, nunca hemos logrado orientar bien la enseñanza de auxiliares, capataces, etc., ni tampoco la de los diferentes oficios: carpinteros, ajustadores, torneros, electricistas, etc.; y en estos momentos se nota más que nunca la falta de competencia técnica en los trabajadores manuales, con la consiguiente dificultad para cubrir las vacantes que han resultado como consecuencia de la depuración del personal.

Para cubrir estas vacantes, hay millones de solicitudes; gran parte de ellas, de individuos que han prestado notables servicios a la Patria; muchos de ellos, han quedado mutilados en la Cruzada y son dignos de todas las consideraciones y respetos... pero quieren ser ordenanzas o, a lo sumo, cobradores, escribientes, etc., porque no saben más, y eso, a veces, difícilmente, que leer, escribir y realizar las operaciones aritméticas más elementales. Si se busca un cerrajero, un pintor, un electricista, un carpintero, y no digamos un tornero o un relojero, no se encontrará uno bueno entre mil solicitantes. Los obreros buenos han desaparecido; los parados son, en una gran mayoría, calamidades, que no sirven para hacer ningún trabajo distinto del de peón o el de llevar papeles de un despacho a otro.

Y es que hasta ahora hemos hecho todo lo posible por llegar a este resultado.

De una parte, no se ha sabido organizar la enseñanza técnica. De otra, los Sindicatos marxistas han tenido verdadero interés en proteger, elevar y halagar a los inútiles y en estropear a los obreros

capacitados. Se conseguía, de esta forma, por un lado, que se introdujeran en los puestos de trabajo gente sin competencia, pero groseros, ineducados, vagos y sinvergüenzas, que, aspirando a vivir sin trabajar, daban origen a constantes conflictos con la empresa, que los Sindicatos apoyaban gustosos para ir destruyendo la industria y fomentando la revolución. Por su parte, los obreros capaces veían con disgusto que otros que sabían menos que ellos ocupaban puestos de más categoría y mejor pagados y, despechados, iban también a engrosar las filas del Sindicato, rabiando de odio hacia la empresa, en lugar de darse cuenta que no era ésta el origen de las injusticias y de las postergaciones.

Para remediar este estado de cosas, hay que pensar en el modo de formar buenos obreros, y hay que evitar el que la enseñanza derive hacia la formación de señoritos. Hay una tendencia a enseñar mucha matemática, geometría descriptiva, dibujo, mucho problema, mucha erudición barata, a base de libros que, bajo una encuadernación lujosa y unos fotograbados de instalaciones modernas (en gran parte, catalanas), no dicen más que vulgaridades, y menos mal si son sólo vulgaridades y no son, además, errores técnicos de bulto. Al mismo tiempo que se da esta enseñanza, cuyos frutos no son más que de pedantería, no se hace nunca trabajar al futuro obrero con la lima, con el torno, con la garlopa o la martellina o el cincel.

Es preciso, además, inculcar en la gente la idea de que el traje azul o el "mono" no es nada deshonroso y que las aspiraciones de un buen obrero no deben ser las de substituir esta vestimenta por la americana y la corbata, sino perfeccionarse en un trabajo, que es mucho más útil para el individuo que gana más, y muchísimo más, para la colectividad y la Nación que el chupatintas que se pasa detrás de una mesa las horas enteras sin hacer nada que se traduzca en una labor útil. Y esto no sólo debe inculcarse en las clases bajas, sino tam-

bién en la clase media. En vez de tanto Bachillerato, de tanta taquigrafía, de tanto abogado o médico de secano, sería mucho más práctico que estos muchachos de escasa capacidad para las letras y las ciencias aplicaran sus aptitudes, tal vez grandes, para el trabajo manual y fueran buenos obreros, en vez de medianías en carreras, cuyo título obtuvieron a trompicones y sin estudiar ni entender lo poco que estudiaron.

No es nada deshonroso vestir un traje azul y trabajar haciendo una labor útil; es, por el contrario, motivo de orgullo y satisfacción. En cambio, sí puede dar muy menguada idea de un individuo el verle vestido de ordenanza. El hombre que está delicado o que es viejo y achacoso está muy bien en estos puestos; es simpático que, aun en condiciones de casi completa inutilidad, se quiera trabajar, aunque sea poco lo que pueda hacerse, y estos cargos son hoy, especialmente, adecuados para los mutilados.

La enseñanza de los oficios es cara, porque exige estropear mucho material, ya que las labores manuales no se pueden aprender más que haciéndolas. A fuerza de hacer mal una cosa muchas veces, se acaba por hacer bien, pero ello ha obligado a estropear antes la herramienta y las primeras materias. Todavía recuerdo el destrozo de vidrio que hice yo hace muchos años cuando quise aprender a emplomar vidrieras artísticas en el taller que había fundado mi padre para restaurar las de la Catedral de León, de la cual era arquitecto director. Además de esto, es preciso que la enseñanza la den los mismos profesionales, esos maestros viejos que, a veces, no saben ni leer, pero que son capaces de hacer primores en su oficio y que se van perdiendo porque, durante la época marxista, eran muy pocos los que aprendían bien un oficio. Se cobraba lo mismo siendo un chapucero, de modo que no había razón para molestarse en aprender. Por cierto, que no siempre se consigue que estos maestros viejos enseñen; no les gusta: se creen como si se tratara de robarles un secreto.

Si el aprendizaje de los oficios no se hace así, es muy fácil que se organice la enseñanza, como se ha dicho, a base de proporcionar al alumno muchos conocimientos, más o menos superfluos, que pueden ser útiles, pero que no son la base del oficio. Un tornero debe ser, ante todo, tornero; debe saber acabar bien una pieza, debe saber preparar los engranajes para filetear un tornillo de un paso determinado, debe saber elegir y preparar su he-

rramienta. Si, además, sabe un poco de dibujo, si conoce geometría, todo eso está muy bien. Pero por mucho que sepa de estas cosas, si no sabe tornear, no sirve. Ahora bien, es natural que se tengan aspiraciones, hasta que se tenga ambición, la cual es completamente legítima cuando en la lucha por la vida se emplean armas lícitas: el trabajo y la honradez. Por eso, todo lo que sea facilitar la enseñanza a los buenos obreros para que vayan ascendiendo y puedan ocupar plazas de más categoría y de más responsabilidad es laudable. De ahí salen esos excelentes contra maestros, que ganan más y hacen trabajo mucho más útil que tantos universitarios fracasados, los que se hubieran considerado ofendidos si se les hubiera un día propuesto que dejaran el Derecho civil o la Patología y lo substituyeran por la lima o el cince.

Hoy hay en abundancia un excelente material para formar obreros mecánicos. Este material lo constituyen los automóviles viejos amontonados por millares en los parques. Son pocas las máquinas que tienen piezas más delicadas y complicadas que las del automóvil; por otra parte, poco importa en esto estropear material. Tratar de aprender en un automóvil de éstos es muy parecido a estudiar cirugía en un cadáver; pero se puede aprender mucho y con poco gasto y hasta se prestaría a competencias y certámenes, imposibles durante el tiempo marxista, pero que ahora podrían intentarse. ¿Por qué ha de medir sus fuerzas el taller A con la fábrica B mediante sus respectivos equipos de fútbol y no lo han de hacer mediante su competencia técnica? Que a cada taller se le dé un coche viejo, en condiciones parecidas, y que le hagan marchar y se hagan luego unas carreras de regularidad y se compruebe quién lo arregló mejor, y que se publiquen los nombres de cuantos intervinieron, como en el principio de una película. Y se verían aquí, unidos por el amor propio, al mecánico, que ajustó el motor y que quiere demostrar que sabe el oficio, y el empresario, dueño del taller, que obtiene un buen reclamo si gana su coche; hemos unido en un mismo interés al patrono y al obrero para perfeccionar la industria y mejorar la producción; hemos cumplido al pie de la letra la doctrina Nacionalsindicalista.

La enseñanza de los oficios la ha acometido hasta ahora el Estado, con mala orientación y peor éxito. Si se exceptúa lo que hizo el Instituto Católico de Artes e Industrias, y quizá algunas instituciones catalanas, lo demás ha fracasado casi por

completo; de ahí la penuria de personal especializado que se nota. Esta enseñanza la deben hoy acometer y dirigir los Sindicatos, pues reuniéndose en ellos todos los interesados en una industria determinada, son los que pueden orientarla en su forma más práctica y elegir los maestros de taller que hayan de dar las principales enseñanzas. Así, irán los Sindicatos ocupándose de cosas que verdaderamente les compete y se evitará el peligro de que degeneren en tipos marxistas, presentándose dentro de ellos la lucha entre el capital y el trabajo.

Esto hay menos peligro de que ocurra en aquellas industrias o grupos de industrias en que se estructura fácilmente el Sindicato vertical, que tiene que relacionar y coordinar a los que producen las primeras materias, los que las transforman y los que las venden. Pero aquéllos, que por la misma universalidad de las industrias respectivas, no tienen una trabazón íntima con otras, caen fácilmente en el peligro apuntado y es preciso ocuparlos en fines propios de la Revolución Nacional.

Me he referido hasta ahora más bien a la enseñanza industrial de fábricas y talleres que a la de la construcción, y en especial a la construcción de Obras Públicas.

También en esto hay mucho que hacer. En todas las carreras de ingenieros, hemos ido formando los ayudantes respectivos a base de que tengan los mismos conocimientos de los ingenieros, pero incompletos y extractados, y, en cambio, no siempre se ha hecho que tengan un concepto claro del papel que les corresponde desempeñar. Unido esto con frecuencia a la tendencia cómoda de los ingenieros a dejar en manos de los ayudantes trabajos que les competen a ellos, hacen que estos cargos cada vez resulten más burocráticos y menos de actividad y de campo.

El personal de Obras Públicas debiera formarse en las obras y, después, perfeccionarse en las Escuelas. Los capataces tienen que salir de entre los obreros y considerar como una aspiración y un ascenso llegar a ser sobrestantes, y sólo después de muchos años de obra, cuando los achaques y los años les imposibiliten para trabajar en el campo, es cuando se les podría admitir en trabajos auxiliares de oficina.

Los ayudantes deben empezar de auxiliares, que en las obras se dediquen a hacer mediciones, cubricaciones, replanteos, etc., después de una enseñan-

za muy elemental a individuos que se hayan destacado en la instrucción primaria y media. Cuando hayan hecho estos trabajos durante varios años en las obras y vivido y conocido éstas, podrían pasar a la Escuela sin más examen de ingreso que el informe de los ingenieros a cuyas órdenes estuvieron y obtener una instrucción análoga a la que hoy se les da, pero para continuar todavía varios años en las obras antes de obtener destinos de oficina.

Algo así también podría establecerse con los ingenieros, haciendo que, desde el principio de la carrera, vivieran temporadas en las obras.

Este sistema de formar los técnicos tiene un inconveniente: es que el estudio de la carrera puede necesitar más tiempo y exigir que ésta se acabe a mucha más edad de la acostumbrada; pero este inconveniente nace de la idea equivocada de que el hombre debe dedicar unos años a estudiar, y cuando ha conseguido un título, entonces empezar a trabajar y a luchar por la vida. Esta idea se complementa con otra, que es que la enseñanza se la ha de pagar el interesado o sus padres, con lo cual quedan excluidos de la enseñanza superior los que no tienen dinero, aunque tengan talento. Si el que va a la Escuela de Ayudantes, por ejemplo, ha demostrado ya por su trabajo que tiene las condiciones precisas para llegar a serlo, los servicios ya prestados le dan derecho a que entonces realice sus estudios cobrando un sueldo que se sabe de antemano no será perdido y que le permitirá realizar éstos como complemento de sus conocimientos anteriores, en época adecuada, y aunque tenga que mantener mujer e hijos. Esta idea no es nueva; ha dado ya excelentes resultados en nuestra Escuela, en donde alumnos que eran ayudantes de Obras Públicas han seguido la carrera de ingenieros destinados en comisión y cobrando su sueldo. Por cierto que, la mayor parte de ellos, han sido alumnos brillantes y, además, se notaba inmediatamente en ellos la base que les daba el conocimiento práctico obtenido en el ejercicio de su profesión.

Esto mismo podría aplicarse a la enseñanza industrial de que antes hablamos, para formar, con los buenos oficiales, contra maestros y jefes de taller, llegando incluso a alcanzar puestos de ingenieros hombres de origen modesto, pero cuyas dotes intelectuales les hagan acreedores a ello.